

PROYECTOS Y AMBIENTES: REALIDADES SOCIOHISTÓRICAS RECURSIVAS¹

*Projects and Environments:
Recursive Socio-Historical Realities*

Nelson Vergara (†)

Artículo original, recibido: Octubre, 2017 // Aceptado: Marzo, 2018

RESUMEN

Este estudio está orientado a un análisis epistemológico de las relaciones entre medioambiente y sociedad, conceptualizando críticamente los términos "ambiente" y "proyectos humanos". Nuestra indagación subraya que el ambiente y los proyectos humanos no son unidades aisladas, y deben ser pensados en el contexto de sus interrelaciones e interdependencias circunstanciales e históricas, es decir, en el marco de sus condiciones dialógicas y recursivas concretas. El estudio demuestra que ambas tienden a la integralidad, interactúan y se condicionan mutuamente, por lo tanto comparten relaciones recursivas.

Palabras clave: Social projects, ambiente, realidades recursivas

ABSTRACT

This study seeks to make an epistemological analysis of the relationships between environment and society, critically conceptualizing the terms "environment" and "human projects". Our inquiry emphasizes that the environment and human projects are not isolated units, and should be thought of in the context of their circumstantial and historical interrelations and interdependencies, that is, within the framework of their specific dialogical and recursive conditions. The study shows that both, "environment" and "human projects", tend to integrality, interact and condition each other, therefore they share recursive relations.

Key words: Social Projects, Environment, Recursive Realities

¹ Magister en Filosofía, Universidad de Valladolid, Investigador Asociado al Centro de Estudios del Desarrollo Regional y Políticas Públicas, (CEDER) de la Universidad de Los Lagos, Osorno, Chile. Líneas de investigación: filosofía, epistemología, cultura. Dirección: Lord Cochranne 1056, Osorno., Región de los Lagos. Teléfono: 56 0642-333583. E-mail: nvergara@ulagos.cl. El estudio sintetiza resultados del proyecto de investigación *Estudios Integrados de Medio Ambiente, Sociedad y Cultura*, financiado por CNPq (Brasil) para los años 2015-2018, proyecto dirigido por EL Dr. Dimas Floriani en la Universidad Federal de Paraná, Curitiba, Brasil. Asimismo, incluye resultados de la ejecución del Proyecto Nro. 1120574, financiado por Fondecyt-Chile para los años 2012-2014, del cual el autor fue Investigador Responsable. Una versión simplificada y preliminar del estudio fue presentada en el Seminario *Estudios integrados del Mediambiente y el Territorio y Tramas y Mingas del Buen Vivir*, Popayán, Cauca, Colombia, 19 -23 de Octubre de 2015.

INTRODUCCIÓN

En el contexto de interpretaciones “dialógicas” que estamos ensayando (Vergara, 2007, 2010, 2012), consideramos el *ambiente* como un *ámbito sociocultural* (o *sociohistórico*) en el sentido que le asigna C. Castoriadis (2005, 2006, 2007), siempre concreto, aunque a veces pueda ser solamente imaginado), en vista del cual todo *proyecto* de vida, personal o colectivo, es concebido, diseñado y, eventualmente, materializado en la sociedad, o en una parte de ella.

En esta situación efectiva, el ambiente es para nosotros una *forma* con que se presenta el *entorno social*. En rigor, en nuestra conceptualización, el entorno constituye para nosotros uno de los polos de la estructura radical (o metafísica) de la vida; correlativamente, el otro polo nos parece ser el hombre, de modo que esta estructura, Hombre-Entorno, designada a veces como la correlación entre Hombre y Mundo, Conciencia y Mundo o Yo y Circunstancia, se concreta de muchos modos, pero, en lo fundamental se nos aparece como horizonte de inteligibilidad y de sentido de la vida, así como de acción e interacción de mundos sociohistóricos. A nuestro juicio, entre estos horizontes materiales y simbólicos, se configura y efectúa la experiencia cotidiana, constituyéndose ésta, por primera vez en la historia occidental, como principio formal de apertura y de clausura de mundos, así como de interpretación de mundos. Concretamente, ambiente es aquello que nos circunda o rodea como realidad *institucional*, asumiendo la noción de vida cotidiana o cotidianidad desde la concepción de H. Giannini (1987), y en cuya trama nos encontramos (o desencontramos) siempre. Esta trama incluye *construcción/destrucción* y vivencias de *materialidades* y, al mismo tiempo, *construcción/destrucción* y vivencias de *simbologías*, *saberes* y *rituales* lo que, en conjunto, constituye la experiencia cotidiana de la vida.

Pero, el ambiente es también, y a la vez, un *producto* de los proyectos que identifican y hacen realidad esas experiencias de vida. Por esto, nuestra interpretación recomienda pensar *juntos* proyectos y ambientes, juntura que está del lado de la interacción social, entendida como *relación recíproca* (Morin, 2003). De este modo, la conjunción que se señala en el título de este artículo no denota una *acumulación lineal* de

factores o situaciones constituyentes de ambas realidades consideradas en su autonomía, sino que señala *interconexiones e interdependencias* que en ellas y *entre* ellas se manifiestan y explicitan *mutuamente*. Como diría E. Morin (Morin, 2003), tal situación supone relaciones de mayor o menor *recursividad*. Con otras palabras, que *proyectos y ambientes*, no son realidades que se *precedan* una a otra, sino que se construyen entre sí al *mismo tiempo*. Pero, ambientes y proyectos no indican interrelaciones e interdependencias de datos o elementos, sino de sistemas y procesos cuyas dinámicas son construidas socialmente, y que, en tanto construcciones sociales, son activadas o reactivadas constantemente, día a día, por distintos actores sociales, en una amplia gama de situaciones complejas. Esta simultaneidad tiene en la actualidad un valor paradigmático (Ortega, 1962a,b; Sartre, 1965; Varela, 2000).

Nada más distante entonces que la idea del ambiente concebido como un *receptáculo* vacío, neutro y sin contenido efectivo; o del proyecto como pura formalidad (relativamente) planificada. Por el contrario, creemos que el ambiente suscita, genera o destruye proyectos, del mismo modo que éstos sugieren, rechazan o imponen ambientes. Por esto, desde la aparente indiferencia de tantos hechos de la vida social que, por su banalidad e insignificancia, pasan normalmente inadvertidos, a la insinuación pasajera y casual emanada de los mismos hechos; o de la sugerencia (o creación mediática) de expectativas, al imperativo de realización social y culturalmente efectivo que la gente se hace de ellos, el ambiente es siempre algo que inspira, sugiere o rechaza el *ordenamiento* de interacciones provenientes de proyectos sociales, de manera que es conveniente entender que lo que se *hace* como proyecto, de un modo u otro, se *hace* con referencia a un ambiente, condicionado por él, aunque no estrictamente determinado por él. Al respecto, ya Ortega afirmaba que todo lo que *hacemos*, lo hacemos *en vista* de las circunstancias², expresión que señala tanto a la fatalidad supuesta en/de lo necesario (mejor dicho, lo que se estima como necesario), como a la libertad que se manifiesta en términos de *preferencias y decisiones* de la colectividad, lo que en cierto modo se corresponde con lo que llamamos *entornos y ambientes*, construcciones sociales, circunstanciales, también. Una primera formulación técnica del concepto la encontramos en sus *Meditaciones del*

² Una primera formulación técnica del concepto la encontramos en sus *Meditaciones del Quijote*. Desde entonces es una categoría clave de su sistema.

Quijote (Ortega y Gasset, 2014). Desde entonces es una categoría clave en el sistema de pensamiento de Ortega.

Pero, si en efecto, las circunstancias son *construidas* y *organizadas* en y por la vida social (Ortega, 1962a), entonces el ambiente es producto de actos de *creación* o *invención* y, en ningún caso, un efecto o consecuencia de desarrollos signados como espontáneos o “naturales” de la gente, ni siquiera *potencialmente* condicionados de ese modo, ya que la idea de que algo es potencia *natural* para algo, establece desde ya una *línea* de *determinidad* que queremos desestimar, a favor, en todo caso, de una compleja *codeterminación* cuyo carácter esencial es siempre temporal, histórico, o más concretamente, sociohistórico (Castoriadis, 2007; Ortega, 1962a). Y lo importante de esta complejidad social es que ella supone también la presencia y actuación efectiva (o imaginaria) de la *indeterminación* y del *azar*. Un rasgo decisivo de los hechos sociales, decía K. Popper (1983), y todo ambiente, incuestionablemente lo es, es que en ellos nunca las cosas suceden tal y como se prevén; siempre hay que contemplar un cierto margen en el que los asuntos pueden ser un poco distintos a como se pensaron.

Lo mismo vale para la consideración de cualquier proyecto: no solamente debe medirse como estructura formal, abstracta, sino también por su directa o indirecta referencia al ambiente, es decir, por aquello a lo que apunta y en lo que de algún modo (efectivo o imaginario), se inserta y consume, y quizás probablemente, por su constitución e institución social originaria: esto es, por ser un *plan* construido, creado, inventado para la acción e interacción humana en entornos sociales cualificados (ambientes), *algo que está por hacerse*, y que, en la eventualidad, pudiera ser perfectamente “soñado” como en las utopías, falso como en la mentira, deformado como en la ideología, o irreal como en la ficción. En todos estos sentidos, un proyecto es siempre una invención sociocultural, hecho para *traer* al entorno algo que no está allí, o para *mantenerlo* en él o para *destituirlo*, pero también para oponerse, a veces radical y confrontacionalmente, a esa constitución e institución social, desestimarla, haciéndola imposible, inviable o “despreciable” en algún sentido.

PROYECTOS AMBIENTALES

Pero, ¿cómo están constituidos, en su realidad más palmaria, proyectos y ambientes? En principio, creemos que un proyecto es, a lo menos en su constitución lógica y epistemológica, una suerte de *modelización formal*, planificada y construida con nociones, conceptos y cauces imaginados de acción, mediante los cuales se organiza y pone en práctica algún propósito, personal o colectivo, en determinadas circunstancias sociohistóricas, y de acuerdo con la *interpretación* de exigencias materiales o simbólicas que emanan de esas circunstancias (Castoriadis, 2007). En este sentido, todo proyecto es siempre, una puesta en acción de expectativas, intereses y motivaciones sociales y psicológicas concretas de individuos y grupos humanos, que buscan asegurarse y consolidarse en un sistema ambiental, en una sociedad. Por esto, el elemento ideal-imaginario, en tanto constituyente fundamental de todo proyecto, tiene siempre por finalidad, manifiesta o velada, la *institucionalización* de un cierto *orden imaginado* de asuntos, a los que el proyecto orienta y conduce en su consecución, acertada o equivocadamente. Incluso los fracasos suelen tener, a veces, un valor pedagógico más relevante que el de los logros (Koyre, 1994). Y quizás por esto tiene sentido la afirmación de que hay que aprender de los errores (Popper, 1983). El estudio de éstos ha sido privilegiado sobre todo en la comprensión del desarrollo de las ciencias (Koyre, 1994).

Por su parte, el ambiente nos parece estar constituido por *redes* complejas de interacciones o procesos sociales, emanados de proyectos ya institucionalizados o en vías de hacerlo, así como también de proyectos en estado de memoria o tradición, o, en muchos caos, por vestigios vivientes de construcciones sociales que, como toda institución, han sido elaboradas con vista a superar tensiones y antagonismos que se le presentan a una sociedad, o a una parte de ella, según el estado de vigencia de sus instituciones fundamentales. Por esto, los proyectos que de algún modo decantan como ambientes, son trasfigurados por éstos e incorporados de alguna manera positiva o negativa, a veces indiferente, a su condición ambiental. Con otras palabras: proyectos y ambientes interactúan y se manifiestan como dinámicas de tensiones y contradicciones relativas, así como también de relativas armonías y encuentros, variables relativas al

alcance social de los paradigmas que los sostienen y condicionan en sus cursos de acción.

Entonces podemos asumir que la complejidad, variabilidad y diferenciación del ambiente en cualquier sociedad es un factor decisivo para comprender la complejidad, variabilidad y diferenciación de sus proyectos, así como éstos, en las condiciones señaladas, son también un indicador para la comprensión e interpretación de aquéllos. El conocimiento de los ambientes por medio del conocimiento de los proyectos que se realizan con relación a ellos, es la otra cara del conocimiento de los proyectos desde el saber de los ambientes que los suscitan. Con otras palabras y dicho brevemente: que no hay proyectos posibles para *cualquier* ambiente, así como no hay ambientes permeables a *cualquier* proyecto. Por lo anterior reiteramos entonces que, para nosotros, lo decisivo es pensarlos siempre en el contexto de sus interrelaciones e interdependencias *circunstanciales*, históricas; es decir, en el marco de sus condiciones dialógicas y recursivas concretas, tanto si son logradas o fallidas, efectivas o imaginadas. Lo precedente no implica, sin embargo, que en la vida social solamente existan proyectos, o lo que es peor, que todo se reduzca a proyectos. El ambiente tiene particularidades que permiten diferenciarlo de la especificidad del proyecto.

HISTORICIDAD, MOTIVACIONES Y RACIONALIDADES

En este punto nos parece importante relevar que la creación (o invención) de ambientes y proyectos, tiene rasgos muy *sui generis*, lo que nos permite anticipar que para el cumplimiento de la reciprocidad o recursividad aludida deben, necesariamente, tener caracteres que los diferencien, pero también condiciones sociohistóricas comunes. Esto es, que deben *compartir* circunstancias históricas, lo que implica compartir, a lo menos, *motivaciones y racionalidades*.

Lo anterior, no quiere decir, sin embargo, que motivaciones y racionalidades deban en todos los casos mostrarse como compatibles. Hay también, en ciertos momentos de sus desarrollos históricos, incompatibilidades que se manifiestan en oposición según la mayor o menor radicalidad de sus transformaciones. Solamente en los períodos que extrañamente se denominan de *normalidad* parece haber una suerte de sintonía y correspondencia relativa entre ambos caracteres. En estas

circunstancias las motivaciones parecen racionales, casi de sentido común. Y quizás sea esta una de las razones por las que en las crisis lo primero que parece perderse es el sentido común.

Veamos entonces lo que en estos contextos nos parece que ambas realidades sociales comparten.

En primer lugar, proyectos y ambientes *tienden* siempre a la totalidad o integralidad; son parte de un todo que los está condicionando interna y externamente, poniendo en duda su aparente parcialidad, fragmentariedad y autonomía. Dicho con un lenguaje tradicional, no son “cosas”. Por esto, reiteramos, el ambiente no es algo independiente del proyecto, algo que encontramos, así sin más, como si fuese objetivo en el sentido moderno del término; sino algo que hacemos desde adentro, con un fuerte compromiso de la subjetividad, lo que, empero, no transforma al ambiente en algo subjetivo en el sentido que lo entendió la misma Modernidad. La constante referencia del proyecto al ambiente y su normal efecto de transformación, evita también que aquél (el proyecto) sea considerado una realidad puramente subjetiva e independiente de “los hechos”, o, en el mejor de los casos, una realidad intersubjetiva. Dicho con un lenguaje menos tradicional: se trascienden como *aperturas* y como *clausuras*, es decir, como *límites* de mundos, donde estos límites son en realidad *fronteras*, o, con otras palabras, zonas de contacto.

En segundo lugar, como ya hemos indicado, proyectos y ambientes se condicionan unos a otros, cuestionando cualquier intento de comprensión de sus relaciones con la lógica de causalidades *unidireccionales*, lineales, como los pensara la Modernidad bajo la presión de las ideas de *evolución* y de *progreso*, incluida la misma idea moderna de *Historia Universal* (Vattimo, 1996). En este contexto, multicausalidad y direcciones plurales son aspectos que conviene considerar.

En consecuencia, y en tercer lugar, creemos que si bien todo proyecto está condicionado por exigencias que apuntan a un tipo *específico* de ambiente, y así como creemos también que, a su vez, el ambiente está condicionado por caracteres *particulares* del proyecto, las relaciones fundamentales de proyectos entre sí y de ambientes entre sí, son *recursivas* también, lo que da lugar a una específica *complejidad* que afecta a toda realidad social, desde la sensibilidad más profunda hasta la intelección más pura y abstracta. Es claro que el proyecto puede guardar convergencias o divergencias con algo del ambiente (sus espacios, sus temporalidades, sus

lenguajes, sus instituciones, sus significaciones sociales, etc.) o con su totalidad (mejor dicho, con lo que se cree que es su totalidad), y, de esta manera, el proyecto puede estar orientado en cierta medida a favor de lo que hay, o en contra de ello, del mismo modo que lo que hay como ambiente puede ser influido, positiva o negativamente, por las direcciones y sentidos que asumen los proyectos, así como también pueden crear (o a lo menos suscitar) sus direcciones y sentidos. Por lo anterior, un estudio de la complejidad ambiental, debe destacar dimensiones que le pertenecen al ambiente y al proyecto, sea en forma intrínseca o circunstancial, o, como sucede habitualmente, en ambas. Hay en ellos dimensiones formales que les son inherentes, y otras que les son circunstanciales, históricas. Inherentes, en tanto que les son constantes e insoslayables; circunstanciales, por cuanto sus formas son concretas, específicas, ocasionales y cambiantes, objetos de elección y selección.

Parafraseando a Ortega (1962a), podemos decir que todo proyecto social atiende a lo menos a dos instancias: al ambiente al que se orienta y en el que espera consumarse, y a lo que otros proyectos han marcado como ruta o experiencia propuesta para ese ambiente; es decir lo que en términos de planes ya han sido realizados, o pretenden realizarse, en determinadas condiciones ambientales, sean efectivas o ficticias. Esto quiere decir entonces que no es esperable una relación biunívoca entre proyectos y ambientes, que nunca hay un solo programa de acción para una cierta circunstancia ambiental, así como nunca es un solo ambiente el que está previsto en la construcción de un proyecto.

Una confirmación ejemplificadora de lo anterior la proporcionan los análisis interculturales de R. Fornet-Betancourt (2000) cuando afirma que una cultura está siempre constituida no por una sino por múltiples tradiciones que interactúan a través de los proyectos. Interactúan, no se suceden. Por esto es que resulta muy difícil decidir cuándo realmente ha muerto una tradición. Y, por esto se dice también que en una época determinada siempre es posible ver entre sus variadas preocupaciones y productos, un “cierto aire de familia”. A esa sensación afectiva que está en la base del “diálogo” entre proyectos y ambientes, de proyectos entre sí o de ambientes entre sí, es lo que llamamos *motivación* social, que, como se ha dicho, puede ser de conformidad o disconformidad, de satisfacción o insatisfacción, de conformismo o de rebelión, mientras que a la *lógica* de las interacciones la identificamos como su *racionalidad*, factor sociohistórico que nos permite circunscribir también lo que

circunstancialmente se considera y trata como “irracional”. Con esto queremos decir que lo que se estima como sin sentido, sólo es posible desde el marco efectivo de una concreta racionalidad; es decir, desde una específica expresión de orientaciones que permiten incluir ciertas circunstancias y excluir otras, considerarlas como cuerdas o como absurdas, con sentido o sin-sentido (Castoriadis, 2007).

Pero, reiteramos una vez más que en cuanto la vida social es cambiante, es circunstancial también, por lo que el sentido o el sin-sentido no pueden considerarse universales ni necesarios en la realidad histórico-social. No existe, por tanto, una afectividad única y constante, ni una racionalidad abstracta y absoluta. De esta manera pensamos que, personales o colectivos, proyectos y ambientes forman parte de la condición, según la cual toda vida (humana) es, siempre y no ocasionalmente, concreción de determinados *proyectos ambientales*.

PROYECTOS, AMBIENTES, SOCIEDAD

Hay, sin embargo, un par de preguntas fundamentales que parecen venir de suyo y que por lo mismo, a estas alturas, no pueden obviarse. Con ellas podemos cerrar la problemática que venimos planteando. Para esto podemos parafrasear a Castoriadis (2007) en su clásica doble interrogante:

- a) ¿qué mantiene unidos a proyectos y ambientes, a proyectos entre sí y a ambientes entre sí, de modo que pueden ser comprendidos como pertenecientes a la misma sociedad?,

- b) ¿qué los hace cambiar?

Es claro para nosotros que, en este punto, la respuesta que satisface nuestra inquietud, es la que el propio Castoriadis nos ofrece en sus estudios sobre el mundo sociohistórico. Según él, la sociedad es en cada caso un sistema de instituciones en que la fuerza y vitalidad y, en consecuencia, la unidad de ese sistema, está en co-respondencia con la fuerza o debilidad de las “energías” sociales que lo animan y orientan, y que pueden expresarse en lo que hemos llamado motivaciones y racionalidades. Estas energías son signadas por Castoriadis como *significaciones imaginarias sociales*, las que, en rigor, son campos y fuentes de sentido creados por la sociedad de que se trate y propuestos a los actores sociales para la conducción de sus vidas en ella, lo que hace de las significaciones

realidades históricas también³. Castoriadis (2005: 68) llama imaginarias a estas significaciones “porque no corresponden a elementos “rationales” o “reales” y no quedan agotadas por referencias a esos elementos, sino que están dadas por creación”, y las llama sociales “porque sólo existen estando instituidas y siendo objeto de participación de un ente colectivo impersonal y anónimo”. Proyectos y ambientes están imbuidos y condicionados por estas significaciones, verdaderas matrices de significados y sentidos para la sociedad, o para la parte de ella de que se trata en cada caso. Ellas son los factores dinámicos que dan cuenta de la temperatura vital de sus instituciones, fundamentales o no, y que tanto pueden hacerlas “hervir” como “enfriarlas”. Entonces la sociedad puede oscilar del entusiasmo al desánimo, de la euforia al desgano o la indiferencia, de acuerdo al contagio social que promuevan los estados de esas significaciones.

Sin embargo, es importante acotar, que las significaciones son de variados tipos y que, aunque por su recursividad interna o externa, se refuercen entre sí, no están siempre en el mismo plano ni ostentan permanente homogeneidad: hay dominios sociales que son, circunstancialmente, articuladores y otros que son, provisoriamente, articulados, relación que, no obstante ser susceptible de largas permanencias, no debe ser considerada como constante e inmodificable.

Entre estos dominios diferenciados pueden observarse tensiones o conflictos que una sociedad tiene que superar institucionalmente mediante la creación de significaciones que proporcionen sentido a un tipo determinado de convivencia. A esta instancia de creación atribuye Castoriadis la permanencia o el cambio en las instituciones de una sociedad. Por esto afirma que, entre las significaciones instituidas por cada sociedad,

“La más importante es sin duda la que concierne a ella misma. Todas las sociedades que hemos conocido tuvieron una representación de sí mismas como *algo* [...] Indisociablemente logado a esta representación existe un *pretenderse* como sociedad y como *esta* sociedad y un *amarse* como sociedad y como *esta* sociedad; es decir, una investidura a la vez de la colectividad concreta y de las leyes por medio de las cuales esta colectividad es lo que es” (Castoriadis, 1997: 159-160).

Y, como hemos anticipado, de estas significaciones depende el sentido de realidad o irrealidad que la sociedad ostenta u oculta, lo que tiene o carece de valor, lo que es real o ficticio, posible o imposible en la creación de ambientes y proyectos, y en definitiva, en la construcción de sus sistemas interpretativos y, por tanto, en las interpretaciones de sí misma como realidad. Por estas interpretaciones, dice C. Castoriadis, una sociedad (o una parte de ella) es capaz de entablar combate por la defensa de lo que estima como su identidad y la defensa de los procesos identificatorios que aseguran su integridad social.

Por tanto, si a pesar de sus divergencias y confrontaciones, una sociedad se mantiene unida, cabe imaginar que la fuerza de cohesión de las significaciones imaginarias sociales es suficientemente poderosa y más allá de las discrepancias que, aun muy profunda y extensivamente, puedan perturbarla constituyen un atractor *sugestivo* para la sociedad, lo que motiva a la creación de proyectos y mejoramiento de ambientes. En consecuencia, creemos también que es por efecto de un cambio en las orientaciones que dan dirección y sentido a proyectos y ambientes, sea por incremento o por agotamiento de esas significaciones, que estos proyectos y ambientes pueden cambiar.

Por lo anterior, es importante entender entonces que no siempre hay nuevas significaciones sociales imaginarias en los cambios de proyectos ambientales. A veces tenemos la impresión de que mucho de lo que hay socialmente no es más que el producto de una poco productiva inercia social. Y si en el primer caso, en el del incremento de la creatividad, podemos hablar de fuerza y alta vitalidad en la creación de proyectos y ambientes y, por lo mismo de una alta recursividad, para el segundo caso, en el agotamiento del poder creativo social, debemos suponer que la baja recursividad es una muestra de la pérdida de fuerza de las motivaciones y racionalidades que motivan, orientan y conducen a esos proyectos y ambientes sociales.

BIBLIOGRAFÍA

- Castoriadis, Cornelius (1997) *El avance de la insignificancia*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Castoriadis, Cornelius (2005) *Los dominios del Hombre*. Barcelona: Gedisa.
- Castoriadis, Cornelius (2007) *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires: Tusquets Editores.
- Fornet-Betancourt, Raúl (2000) *Interculturalidad y Globalización*. Frankfurt: IKO.
- Giannini, Humberto (1987) *La reflexión cotidiana*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria S.A.
- Koyre, Alexander (1994) *Pensar la ciencia*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Morin, Edgar (2003) *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.
- Ortega y Gasset, José (1962a) *Historia como Sistema*. Madrid: Revista de Occidente, Col. El Arquero.
- Ortega y Gasset, José (1962 b) *El hombre y la Gente I y II*. Madrid: Revista de Occidente, Col. El Arquero.
- Ortega y Gasset, José (2014) *Meditaciones del Quijote*. Madrid: Alianza Editorial (primera edición, 1914).
- Popper, Karl, (1983) *Conjeturas y refutaciones. El desarrollo del conocimiento científico*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Sartre, Jean Paul (1965) *El hombre y las cosas*. Buenos Aires: Losada
- Varela, Francisco (2000) *El fenómeno de la vida*. Stgo de Chile: Dolmen
- Vattimo, Gianni (1996) *La sociedad transparente*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Vergara, Nelson (2007) “Hombres y Entornos. Notas para una metafísica del territorio”, *Revista Alpha* 25: 227-236.
- Vergara, Nelson (2010) “Saberes y Entornos. Notas para una epistemología del territorio”, *Revista Alpha* 31: 163-174.
- Vergara, Nelson (2012) Significación social y territorio: aproximaciones epistemológicas, *Revista LIDER*, 29 :9-21.